


"EL IMPERIO AMERICANO" 2

EL IMPERIO MILITAR

Claude Julien



An aerial photograph of an aircraft carrier's deck, showing a large number of fighter jets lined up in rows. The carrier is moving through the water, leaving a white wake. The image is in black and white with a high-contrast, almost graphic quality.

El presupuesto americano de Defensa ha aumentado de 1.498 millones de dólares, en 1940, a 75.487 millones en 1968; de esta forma, ha pasado a representar, del 1,5 por ciento, el 8,1 por ciento del presupuesto nacional bruto.

EL aparato militar del imperio constituye la más poderosa empresa económica de los Estados Unidos. Su poderio y su eficacia están a medida no de un territorio nacional, no de la población americana, sino de la excepcional riqueza sobre la cual tiene por misión velar. A través del juego de las importaciones de materias primas a precios ventajosos y de las exportaciones de capitales en condiciones muy rentables, esta riqueza echa sus raíces en el mundo entero. Para protegerla no basta con garantizar la defensa de 9.385.000 kilómetros cuadrados entre el Atlántico y el Pacífico, entre la frontera de Méjico y la de Canadá. Hay que defender también las minas y las plantaciones de América Latina o de Asia, los yacimientos petrolíferos del Oriente Medio, los fabulosos recursos naturales canadienses, las riquezas aún apenas explotadas de Africa, el potencial industrial de Europa Occidental, donde afluyen los capitales americanos. Y, además, es preciso garantizar la libertad de navegación en todos los océanos y

El Pentágono considera que la disuasión será eficaz si Estados Unidos pueden destruir, en unos minutos, un tercio de la población y dos tercios de la capacidad industrial de un eventual agresor.



Claude Julien, jefe de los servicios de información extranjera de «Le Monde», que había demostrado ya en sus trabajos periodísticos y en libros como «El nuevo Nuevo Mundo» ser uno de los primeros especialistas europeos —y el primero en Francia— en temas norteamericanos, ha descrito en «El Imperio Americano» (E. Grasset, París, 1968) las características y diversas formas que éste adopta. Se trata de un imperio «nuevo», sin colonias y, al mismo tiempo, sin fronteras, ya que su acción se ejerce en todos los continentes y en todos los campos: económico, político, militar y cultural. Claude Julien, que recoge la historia de este imperio desde sus comienzos —guerra con España en 1898— se interroga sobre su porvenir en un momento en que se le impugna por doquier desde los mismos supuestos —libertad y democracia— con que Norteamérica justifica su presencia en el mundo.

La semana pasada, «El Imperio Americano» ha sido galardonado con el premio «Aujourd'hui» que se da todos los años en Francia a una obra política o histórica. Y cuyo Jurado está compuesto por prestigiosos profesionales del periodismo francés.

en todos los mares. El aparato militar está, pues, a escala de un imperio sin fronteras. Lo mismo que él, es second to none.

Con más de 75.000 millones de dólares en 1968, absorbe el 56 por ciento del presupuesto federal, el 8 por ciento de un producto nacional bruto que no habría alcanzado su nivel actual si las riquezas del Tercer Mundo no fueran dirigidas prioritariamente hacia este país que, sin embargo, no representa más que el 6 por ciento de la producción mundial. Ningún punto del globo escapa a la protección o a la amenaza de este prodigioso arsenal. A comienzos de 1968, los Estados Unidos poseen cuatro veces más bombarderos intercontinentales que la URSS, 1.054 cohetes intercontinentales frente a los 720 de la URSS y su número de cohetes atómicos a bordo

de submarinos es diez veces mayor que aquél del que dispone la URSS.

Esta fantástica potencia de fuego, suficiente para aniquilar varias veces toda traza de vida en el planeta, no está sólo destinada a proteger la riqueza del país más rico del mundo. Dado su elevado coste y el precio de la guerra del Vietnam, el aparato militar contribuye lógicamente al déficit de la balanza de pagos americana, pero al mismo tiempo abre un amplio campo de actividad a una economía que encuentra en la industria de guerra una causa de dinamismo que no se puede echar en saco roto. El país tenía nueve millones de parados al principio de la segunda guerra mundial, que fue lo único que pudo poner fin a la gran crisis económica abierta diez años antes. ¿Qué ocurriría si, a los 2.954.000 parados de 1967 se añadiera una parte importante de los 5.141.000 civiles y militares directamente empleados por el Pentágono? Además, el 66 por ciento del presupuesto de la Defensa va a parar a encargos hechos a la industria privada, lo que supone unos 49.000 millones de dólares al año. Todas las ramas de la actividad industrial deberían reducir su producción si las grandes y pequeñas empresas no recibieran del Pentágono ese maná, cada año más generoso que el anterior. Una disminución importante del presupuesto de Defensa arrojaría unos cuantos millones de parados al mercado del trabajo, llevando consigo una baja general del nivel de vida. Las grandes empresas que se reparten los mayores contratos del Pentágono no serían las únicas afectadas, ya que, a su vez, están en relación con centenares de miles de pequeñas y medianas empresas.

John Kenneth Galbraith, ex consejero económico del presidente Kennedy y ex embajador en la India, ha redactado, con mucho humor y bajo el seudónimo de H. McLandress, el prefacio de un libro cuyo estilo es bastante reconocible. Este libro, sarcásticamente presentado como un informe redactado a petición del gobierno americano, saca la conclusión de que la paz es indeseable. Entre otras razones, dice que nadie ha sabido precocizar un programa económico que pueda sustituir a los gastos militares. Aludiendo a un plan de ayuda social cuyo coste fue estimado en 185.000 millones de dólares escalonados en diez años, el «informe» indica que algunos sentirían la tentación de rechazarlo por «demasiado dispendioso». Pero, por el contrario, «en tanto que sustitutivo económico de la guerra, este programa es inadecuado, ya que es demasiado barato». Esta sátira macabra no puede marcar mejor la debilidad de una economía que no puede prescindir de una producción militar que aglutina decenas de miles de millones de dólares.

Algunos ejemplos citados más abajo nos revelarán cómo los encargos militares contribuyen a la prosperidad de ciertas industrias y de ciertas regiones de los Estados Unidos. Además, los Estados Unidos venden al extranjero armamentos que representan por término medio 3.000 millones de dólares anuales. Estas ventas se efectúan con frecuencia gracias a créditos ofrecidos por los Estados Unidos a los gobiernos adquirentes. No por ello dejan de constituir un elemento importante de las industrias especializadas.

EL DESPLIEGUE DE FUERZAS

El presupuesto americano de Defensa ha pasado de 1.498 millones de dólares, en 1940, a 75.487 millones en 1968, aumentando de este modo del 1,5 por ciento al 8,1 por ciento del producto nacional bruto. Tan importante es en 1968 como en 1944, cuando las fuerzas americanas combatían simultáneamente en todos los frentes, ya que los Estados Unidos deben estar dispuestos a intervenir en cualquier punto del globo donde se haga sentir la necesidad de su presencia militar. El repliegue de las fuerzas francesas de Indochina, en 1954, anunciaba ya su presencia, primero simbólica y luego masiva, en un pequeño país donde no ha bastado para garantizar la victoria. La decisión de Gran Bretaña de evacuar sus bases al Este de Suez confiere, del mismo modo, a los Estados Unidos, un papel preponderante en el océano Índico. Se trata de la reedición, a una escala más amplia, de lo que ya había ocurrido en Grecia en 1947. No se ha seguido el último consejo de George Washington: «Evitar las complicaciones exteriores». Los Estados Unidos no han podido mantenerse al margen de los conflictos mundiales que han consagrado su supremacía, no han podido esquivar sus intervenciones en Corea como en el Vietnam, y su aparato militar está implicado en los cinco continentes.

Los Estados Unidos están ligados por tratados a cuarenta y cuatro países, respecto de los cuales se han comprometido a intervenir en caso de que su seguridad se viera amenazada. Si no se cumpliera la promesa hecha a uno de esos países, la confianza que los otros depositan en la palabra del gobierno americano se vendría abajo. Pero, de hecho, el compromiso de los Estados Unidos desborda ampliamente las zonas cubiertas por los pactos y tratados firmados. Países como la India, Indonesia, Arabia Saudita, Egipto, Etiopía, etc., y los países de África del Norte o del África negra no están vinculados a los Estados Unidos por acuerdos militares, pero nadie duda, en Moscú o en Pekín, que las fuerzas americanas intervendrían en estas regiones en caso necesario. Los países más aferrados a su neutralidad saben que su seguridad se basa, en primer lu-

gar, en la voluntad de los Estados Unidos de contener al comunismo, de oponerse a toda expansión de un sistema que amenaza no sólo a determinados países más o menos lejanos, sino también a la prosperidad y a la seguridad de los Estados Unidos, al tiempo que su influencia en el mundo.

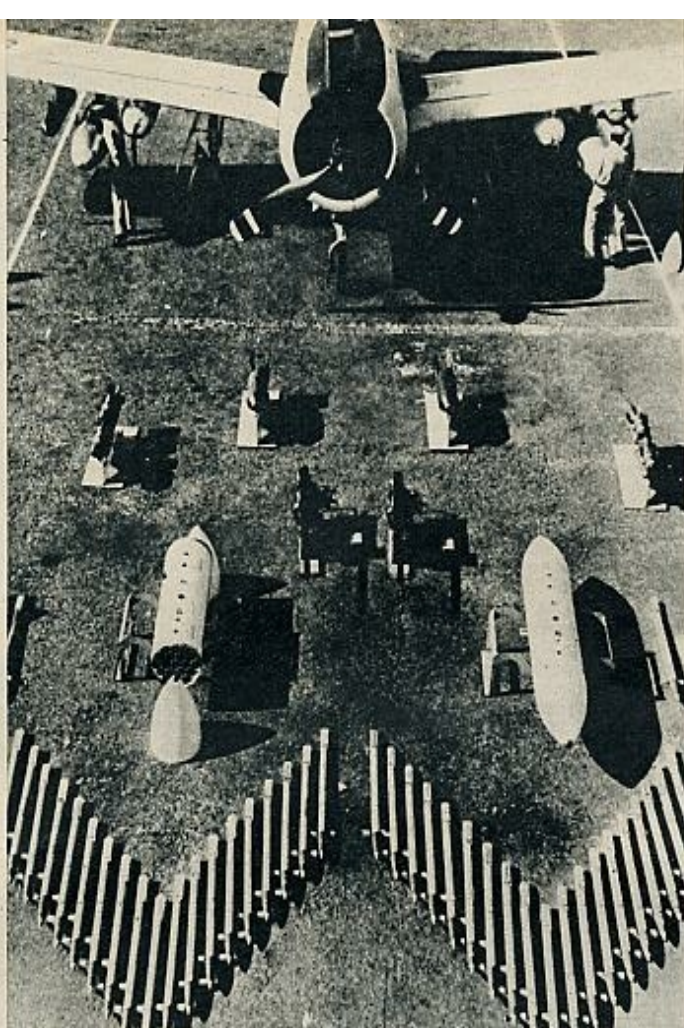
El Pentágono considera que la disuasión, para ser eficaz, debe basarse en la posibilidad de destruir en unos minutos un tercio de la población y dos tercios de la capacidad industrial de un eventual agresor. Ha calculado que, en caso de ataque sorpresa por parte de la Unión Soviética, ésta perdería cien millones de hombres y el 80 por ciento de su potencial de producción. A finales de 1970, los Estados Unidos tendrán en servicio 700 cohetes Minuteman II, de 14.000 kilómetros de alcance, con una carga de diez megatonnes, y 300 cohetes Minuteman III, de un tipo más potente. La flota de bombarderos estratégicos comprende 590 B52 y 80 B58, de una autonomía total y con una carga respectiva de veinticuatro y trece megatonnes. Cada uno de los 41 submarinos atómicos está equipado con 16 cohetes Polaris, progresivamente sustituidos por cohetes Poseidón. Veinticinco portaaviones surcan el Atlántico, el Pacífico y el Mediterráneo, con sus escoltas de submarinos de caza a propulsión nuclear, de cruceros, de destructores, de fragatas lanzamisiles, de navíos de desembarco, etc. El conjunto de estas fuerzas y el ejército de tierra, equipado con artillería atómica táctica, puede alcanzar cualquier día en cualquier momento.

Este enorme dispositivo militar emplea, bajo la dirección del Pentágono, a más de cinco millones de personas, a las que hay que añadir otros cinco millones de asalariados que trabajan directamente en la industria privada en la producción de equipo militar. La más poderosa máquina de guerra del mundo moderno es, también, por su presupuesto, su mano de obra y la masa de salarios distribuidos, la más importante industria de los Estados Unidos. Sus haberes militares son tres veces más importantes que la suma de los haberes de cinco grandes sociedades: United States Steel, American Telephone & Telegraph Co. Metropolitan Life Insurance, General Motors y Standard Oil of New Jersey. Pero

La guerra del Vietnam ha contribuido —por su elevado coste— al déficit de la balanza de pagos americana, pero al mismo tiempo ha abierto posibilidades a una economía que encuentra en la industria de guerra uno de los factores de su dinamismo.



EL IMPERIO MILITAR



Estados Unidos tiene una potencia de fuego suficiente para aniquilar varias veces todo indicio de vida sobre la Tierra. Este fantástico poderío militar suele justificarse con la conocida teoría de la «disuasión», producto del equilibrio del terror.

aunque este «trust» militar sea, con mucho, el más importante de Estados Unidos, ninguna ley anti «trust» le obligará a deshacerse. De una parte, teniendo bajo su potencia de fuego a todos los continentes y todos los océanos, protege la prosperidad de todos los americanos y, de otra, garantiza ingresos regulares a una decena de millones de asalariados y a sus familias, es decir, a un muy elevado porcentaje de la población de los Estados Unidos.

Así es como se ha operado una verdadera revolución en la sociedad americana. En 1935, los Estados Unidos no consagraban a la Defensa más que el 10,9 por 100 del presupuesto federal; después de la victoria de 1918 y de la negativa a ratificar el tratado de Versalles, América, volviendo a su tentación aislacionista, se repliegaba en sí misma y no sentía la necesidad de mantener un ejército fuerte. Por añadidura, después de la gran crisis económica de 1929-30, y mientras el país contaba con una decena de millones de parados, quería consagrar todos sus esfuerzos al aumento de la producción. Así, en el período de prosperidad de 1918 a 1929, lo mismo que después en el período de crisis, el militar es considerado como un parásito económico social.

Por el contrario, después del ataque japonés a Pearl Harbour, el militar se convierte, a los ojos de todos, en el guardián del «american way of life». Los gastos militares absorben el 80,8 por ciento del presupuesto federal en 1944, y el 55,9 por ciento en 1968. Si la Alemania nazi y el Japón debieron capitular, otra amenaza aún más precisa, y al mismo tiempo más velada, la amenaza comunista, se cierne sobre el «american way of life». El militar ya no tiene nada de un parásito.

En la imaginaria popular es el héroe que en Corea y en Vietnam lleva a cabo la cruzada contra el comunismo, continuación de las cruzadas contra las fuerzas antidemocráticas en el Pacífico en 1941 o en las playas de Normandía en 1944. Vela por la república americana y por todos los bastiones del «mundo libre».

Pero al mismo tiempo, en virtud de un proceso natural, se ha integrado en la máquina económica del país, cuya producción estimula otorgando a las compañías privadas contratos superiores a la cifra de negocio de la industria automovilística. De una producción total por valor de 17.296.000.000 de dólares, la industria aeronáutica ha vendido al gobierno, es decir, al Pentágono, 13.708.000.000 de dólares, en 1965. La industria de las telecomunicaciones, de un total de 8.691.000.000 de dólares, ha entregado 5.070.000.000 de dólares al Pentágono. Las obras navales, de un total de 3.516.000.000 de dólares, han recibido del Pentágono 2.446.000.000 de dólares de encargos. Así, no sólo el militar ha dejado de ser un parásito, sino que se ha convertido en uno de los elementos de la prosperidad americana. En un Estado como California, el 23,3 por ciento de los empleos industriales dependen del Pentágono. El 30,2 por ciento en Kansas, el 20,6 por ciento en Arizona, el 21,1 por ciento en Connecticut, el 23,8 por ciento en Nuevo México, el 20,4 por ciento en Utah, etcétera...

Gracias al presupuesto militar, las industrias punteras y distintas regiones de los Estados Unidos conocen así una excepcional expansión. Lo mismo que un Imperio industrial poderoso

se ha desarrollado en el interior de las fronteras, antes de extender sus ramificaciones en América Latina, en Europa y en Asia, el imperio militar, que ha impulsado a la VII Flota hasta Extremo Oriente y a la VI Flota al Mediterráneo Oriental, encierra en sus redes los principales sectores y las principales regiones económicas de los Estados Unidos. Lo mismo que lejanos yacimientos de materias primas y lejanas inversiones alimentan la prosperidad americana, un dispositivo militar desplegado en la superficie del globo crea empleos y estimula la máquina industrial de los Estados Unidos.

El imperio, militar o económico, no es ni un accidente ni un accesorio. Sin él la sociedad americana se vería obligada a una «revisión desgarradora» no sólo de sus objetivos, sino de sus medios de subsistencia. Basado en el imperio económico, protegido y reforzado por el imperio militar, el «american way of life» probablemente no sobreviviría a un repliegue hacia el interior de las fronteras nacionales. Por esto es por lo que los presidentes de los Estados Unidos tienen razón al decir que la «seguridad nacional» del país está en juego en el conflicto vietnamita, lo mismo que lo estaba en la guerra de Corea, o en el envío de «marines» a Santo Domingo el destino de la revolución cubana. No existe un punto del globo en el que los soldados del imperio puedan permitirse el lujo de rebajar su guardia.

Los Estados Unidos no han querido esta situación. No es el fruto de una decisión pacientemente madurada y tomada fríamente por los dueños del imperio. Franklin Roosevelt habría podido, durante su segundo mandato, reabsorber la crisis mediante el lanzamiento de un amplio programa de producción de armas. No lo hizo. La segunda guerra mundial demostró a

los dirigentes y a los electores americanos que su esfuerzo militar había llevado consigo una expansión sin precedentes, pero su primera preocupación, al fin de las hostilidades, fue reconvertir su industria de guerra en industria de paz. La guerra de Corea yuguló una recesión, pero las razones económicas no fueron las que indujeron a los Estados Unidos a mantener su presupuesto de Defensa a un nivel elevado. La gran fuerza que les lanzó a esta vía fue el anticomunismo, la necesidad vital de oponerse a cualquier intento de conquista territorial, de contener al comunismo en sus fronteras.

Es cierto que los demagogos han jugado con el miedo al comunismo, lo han exacerbado para fabricarse un trampolín electoral y lo han llevado a su paroxismo. Pero el más ruidoso y el más frenético de estos demagogos, el difunto senador Joseph Mac Carthy, nunca logró el menor aumento del presupuesto militar. El anticomunismo ha podido envenenar la guerra fría, hacer perder ocasiones de distensión internacional, inspirar decisiones impugnables, pero no ha creado un enfrentamiento que era inevitable. Mientras los soviéticos ponían en órbita su primer sputnik, el secretario de la Defensa, Charles Wilson, declaraba, ingeniosamente, que prefería ver a los rusos en la Luna que en Detroit. Pero los Estados Unidos no podían quedarse al margen, y el presupuesto de la investigación espacial pasó de 434.000.000 de dólares en 1959 a 7.230.000.000 en 1968. La competencia Este-Oeste impuso lo que ningún grupo de presión había podido hacer aceptar al gobierno y al Congreso de Washington.

Pero en esta competición la industria privada supo inmediatamente de dónde podía sacar proyección. Afluyeron

de Washington fondos para la puesta a punto y la construcción de vehículos espaciales, de cohetes, de armas atómicas, de submarinos, de portaaviones, de bombarderos, de equipos electrónicos, de armas de todas clases hacia todos los sectores industriales. Alimentan la investigación, estimulan la producción, crean millones de nuevos puestos de trabajo en un momento en que la automatización tiende a suprimirlos, garantizan crecientes beneficios. Al mismo tiempo, dan firmeza en el interior de los Estados Unidos a un poderío que se extiende al mundo entero.

EL MONOPOLIO

Este poderío militar sin parangón, basado en un poderío económico también sin igual, se impone tanto a los aliados como a los adversarios de los Estados Unidos. El presidente Johnson está convencido de que los Estados Unidos deben aportar su propia concepción de la libertad «a todos, ricos y pobres, estén o no de acuerdo con nosotros, sea cual sea su raza o el color de su piel». Ese es el viejo sueño, desde hace más de dos siglos, de los cantores del mesianismo americano como John Adams o Herman Melville. Los hechos, con frecuencia, parecen darles la razón: «Los hay que preguntan por qué es preciso que esta responsabilidad (en el Vietnam) nos incumba —dice el presidente Johnson—; la respuesta es sencilla: no hay nadie más para llevar a cabo esta tarea». Puesto que son los únicos detentadores en Occidente de semejante poderío, los Estados Unidos se sienten obligados a intervenir en todas partes, de transformarse en gendarmes del mundo.

Los hombres de Estado americanos más hábiles o más capaces de darse cuenta de la complejidad del mundo se han alzado contra esta concepción. «Por grande que sea nuestra fuerza —ha escrito uno de ellos— no somos todopoderosos. No podemos, por un simple decreto, hacer surgir el mundo que deseamos. Incluso las naciones que son fuertemente tributarias nuestras no siguen siempre lo que nosotros pensamos que es el buen camino (...) No somos mercaderes de lo absoluto». Estas frases son del ex secretario de Estado John Foster Dulles, y, desde luego, no han inspirado su acción. John Foster Dulles, tanto o más que cualquier otro, se ha esforzado en forjar las redes de alianzas y de pactos destinados a encerrar al «comunismo internacional» en una barrera considerada infranqueable. El es quien hizo reforzar las cláusulas anticomunistas de la Organización de Estados Americanos antes de la intervención en Guatemala, quien imaginó los pactos de la SEATO en el Sudeste Asiático, y del CENTO, en el Oriente Medio, el tratado con Australia y Nueva Zelanda (ANZUS), los acuerdos bilaterales con España, Japón, etc... Dulles se ha ocupado activamente de llevar a los aliados recalcitrantes a «lo que creemos que debe ser el buen camino». La tarea era tanto más fácil cuanto que estos países son «fuertemente tributarios» de los Estados Unidos, únicos capaces de garantizar una protección atómica en caso de agresión. Foster Dulles fue quien impuso a los europeos reticentes el rearme de Alemania, amenazándolos con una «revisión desgarradora».

El dispositivo militar norteamericano emplea, bajo la dirección del Pentágono, a más de cinco millones de personas, a las que hay que añadir otros cinco millones de asalariados que trabajan para la industria privada con fines militares.

«... de la estrategia americana si no se moderaban. Si bien, de un lado, afirmaba que los Estados Unidos no son «mercaderes de lo absoluto», de otro no vacilaba en decir que el neutralismo es «inmoral», ya que nadie puede negarse a elegir entre el Mal absoluto que es el comunismo y el Bien absoluto, cuya custodia han recibido los Estados Unidos.

¿Hay que buscar en la política de los Estados Unidos una voluntad deliberada de utilizar el poderío de su imperio militar para imponer sus puntos de vista a países respecto de los cuales repiten que no son satélites, sino aliados? Desde luego que no. Los aliados de Estados Unidos se han tomado a su respecto, frecuentemente, libertades que unos satélites no hubieran podido permitirse. Francia e Inglaterra han mantenido políticas coloniales que no tenían la dicha de agradar a Washington. Países como Canadá y el Japón han llevado a cabo intercambios comerciales con China, vitales para ellos despreciando todo tipo de advertencias. En América Latina diversos países se han disociado de Estados Unidos en votaciones referentes a Cuba o a Santo Domingo. E incluso en el interior de la NATO muchos proyectos, como el de «fuerza multilateral», no han sido aceptados por los aliados de Estados Unidos y han sido arrojados al fondo de los cajones del Departamento de Estado.

Pero, en último término, estas distancias resultan mínimas y, en lo esencial, los cuarenta y cuatro países vinculados a Estados Unidos por acuerdos militares han seguido el camino trazado por Washington, ya que sólo los Estados Unidos disponen de una potencia atómica suficiente para disuadir a un eventual adversario, y este monopolio es el que ejerce su peso tanto sobre las capitales aliadas como sobre las capitales comunistas. Ningún país occidental está dispuesto a prescindir de la protección atómica de los Estados Unidos. ¿Es ésta una razón suficiente para satisfacer el menor deseo de Washington? Los gobiernos que han intentado rebelarse contra esta tutela han debido enfrentarse inmediatamente, en el interior, con las protestas vehementes de un «partido americano» o de un «partido atlántico» que el gobierno americano, desde luego, no se ha sacado de la manga, pero que ha sido alimentado por subvenciones americanas a ciertos periódicos y a ciertas formaciones políticas.

El hecho determinante sigue siendo que las alianzas en las que participan los Estados Unidos reúnen a países de desigual poderío, no sólo en virtud de la superioridad económica de los Estados Unidos, sino también en virtud de su monopolio atómico. A pesar de las actuaciones de algunos países latinoamericanos que se han opuesto a ciertas resoluciones de los Estados Unidos, la OEA siempre les ha proporcionado el marco jurídico y la garantía internacional que necesitaban para su actuación contra el gobierno Arbenz en Guatemala, o contra Cuba o, en 1965, para solucionar la crisis de la República Dominicana. A pesar de abundantes disensiones en el seno de la NATO, la voz de Washington ha prevalecido en la definición de una estrategia tanto como en la atribución de los encargos de armamentos. Del mismo modo, los países aliados a los Estados Unidos en el conflicto vietnamita pueden crear complicaciones político-diplomáticas, pero no tienen la

posibilidad de hacer fracasar las decisiones de Washington.

Este poder que les confiere su monopolio atómico se desprende no tanto de la superioridad militar de los Estados Unidos como de un análisis equivocado de la situación por sus aliados. Europa, en especial, ha deseado una alianza duradera con Estados Unidos y mandos integrados, con el fin de no llegar a encontrarse un día en la situación de Francia en 1940, cuando las llamadas de Paul Reynaud a América quedaron sin respuesta. No se ha dado cuenta de que las condiciones eran radicalmente diferentes, de que el aislacionismo era impracticable para los Estados Unidos y de que, con o sin NATO, Washington no podría abandonar a un eventual adversario el potencial económico de Europa Occidental. No ha comprendido, sobre todo, que incluso en el interior de la NATO nada le obligaba a ceder a las

por los «mercaderes de cañones» tan ampliamente despreciados». Añade que entre 1950 y 1966 los Estados Unidos han dado y vendido a otros países 35.000.000.000 de dólares de equipo militar, y que la media se ha establecido en 3.000.000.000 al año desde 1961.

El programa de ayuda militar está, naturalmente, destinado a acrecentar las fuerzas del «mundo libre» contra el comunismo, pero su eficacia a este respecto, por real que sea en algunos casos, sigue siendo accesorio dado que la carga esencial de la defensa descansa en el poderío sin igual de las fuerzas armadas de los Estados Unidos. El caso del Vietnam es especialmente claro: 1.511.700.000 de dólares de ayuda militar no ha dispensado, en absoluto, a los Estados Unidos de enviar medio millón de hombres a aquel país. Resulta dudoso el que los 5.665.600.000 de dólares atribuidos en-

aprieta los vínculos entre los Estados Unidos y los Estados-clientes del imperio; de otra, permite lanzar a los mercados exteriores una parte importante de la producción militar.

Se trata no de una consecuencia prevista de la decisión de ayudar a los aliados, sino de un cálculo deliberado. En efecto, cada año el presupuesto engloba una cierta cantidad destinada a la promoción de las ventas de armamentos. Esta cantidad alcanza, por ejemplo, los 500.000 dólares en 1965, y el general Robert Wood, director del programa de asistencia militar, explicaba, en 1964, ante una comisión de la Cámara de Representantes, que el programa de entrenamiento militar es la clave de la venta de armamentos. «Invitamos aquí a oficiales de otros países —explicaba— para mostrarles el armamento que podrán comprar. Luego tenemos un programa para entrenarlos en la utilización de ciertos equipos en la esperanza de que los comprarán. Se trata realmente de una promoción de ventas».

El objetivo es llegar a acuerdos, esta preocupación no está necesariamente subordinada a los objetivos más altos de la diplomacia americana, guadiana de la libertad en el mundo. Los 1.489.000.000 de dólares atribuidos a Grecia entre 1950 y 1967 han reforzado un aparato militar que finalmente ha asfixiado lo que pudiera haber sido democrático en este país. Los 1.036.800.000 de dólares dados al Irán no han transformado en absoluto, a contrario, la estructura feudal de este país. Sin embargo, el gobierno del imperio experimenta a veces escrúpulos. Así es como, en 1965, se comprometió a proporcionar cincuenta aviones a reacción Skyhawks a la Argentina; «Se dice —escribe el senador Eugene McCarthy en el libro ya citado— que esperábamos apaciguar a los militares argentinos para que fueran menos propensos a derrocar el gobierno civil». Pero los militares pusieron en marcha su golpe de Estado el 28 de junio de 1966, y los Estados Unidos decidieron... reducir de cincuenta a veinticinco el número de Skyhawks proporcionados a la aviación argentina.

El aprovisionamiento de aviones a reacción no había disuadido a los militares argentinos de apoderarse de un poder que parecían decididos a conservar. En contrapartida, puso en marcha una nueva fase de la carrera de armamentos en América Latina. El ejemplo de la Argentina incitó a los militares chilenos a equiparse en aviones igualmente modernos. Los Estados Unidos les opusieron una negativa rotunda a pesar de que el ejército chileno es tradicionalmente más respetuoso de la democracia que el argentino; Chile se dirigió entonces a Gran Bretaña y el ejemplo fue seguido por Venezuela, Perú y Brasil. Entonces fue cuando Francia entró en liza para ofrecer sus propios aviones a reacción. Inspirados por el Pentágono y el Departamento de Estado, numerosos artículos publicados en los mayores periódicos europeos acusaron entonces al general De Gaulle de poner en marcha una frenética carrera de armamentos en América Latina.

El caso de la ayuda militar a la India y al Pakistán alcanza un cierto grado de tragedia dentro de lo absurdo. Aliado de los Estados Unidos en el seno de la SEATO, el Pakistán ha recibido de Washington una ayuda militar evaluada en 1.500.000.000 ó 2.000.000.000 de dólares, y, luego, más recientemente



En la imaginaria popular, el militar es el héroe que en Corea y en Vietnam lleva a cabo la cruzada democrática, vela por la república americana y por todos los bastiones del «mundo libre».

presiones americanas. Aunque fuera neutralista Europa seguiría bajo la protección atómica de Estados Unidos. El poderío del imperio americano, como el de todos los imperios, está basado también en la debilidad de los países que se someten a su ley.

LOS MERCADERES DE CAÑONES

El imperio militar no deja por ello de ser un instrumento cómodo para hacer prevalecer una política y para reforzar los vínculos que unen a los Estados Unidos con sus nuevos Estados-clientes. Cada uno de estos Estados, para equipar a su ejército nacional, ha solicitado o aceptado la ayuda de Estados Unidos. El senador Eugene McCarthy, candidato a la investidura del partido demócrata para las elecciones presidenciales de noviembre de 1968, escribe: «Los Estados Unidos son, en la actualidad, la principal fuente de armas clásicas en el mundo entero. El gobierno de los Estados Unidos (...) es el principal proveedor de armas. Ha asumido el papel desempeñado entre dos guerras

entre 1950 y 1967 a diversos países del Oriente Medio sean más eficaces en caso de conflicto en esta región en la que sólo la VI Flota está en condiciones de desalentar a un enemigo eventual. En cuanto a los 925.300.000 de dólares proporcionados a América Latina, sirven esencialmente para favorecer a los militares y para modernizar un equipo que no se han privado de utilizar para derrocar a gobiernos elegidos, y apoderarse ellos del poder. Igualmente, los 2.492.300.000 de dólares ofrecidos a Formosa han servido sobre todo para garantizar el control de los Estados Unidos sobre un aliado a veces «difícil». En la eventualidad de una guerra, una enorme parte de los 35.000.000.000 así distribuidos sería de dudosa eficacia, siendo la única defensa garantizada los cohetes intercontinentales americanos, los portaaviones americanos, los submarinos americanos equipados con cohetes de carga nuclear.

Si el programa de ayuda militar logra, a pesar de todo, constituir y equipar estas fuerzas de apoyo, alcanza, también y sobre todo, dos objetivos esenciales a los ojos de los dirigentes americanos: de una parte,



EL IMPERIO MILITAR

te, una ayuda de la China comunista. La India, por su parte, no ha rechazado la ayuda americana hasta la explosión de las hostilidades en su frontera con China, pero ya entonces recibía armas de Gran Bretaña. Por último, en el conflicto indo-pakistaní, fueron utilizadas armas americanas por cada país contra el otro. Las entregas se suspendieron durante los combates, pero se reanudaron después de que se concluyó el acuerdo de Tachkent, firmado gracias a los buenos oficios de la Unión Soviética.

El senador Eugene McCarthy señala que estos programas militares tienen influencia diplomática. «La ayuda militar de los Estados Unidos —escribe— va, en general, acompañada del envío de personal militar americano a los países que reciben armas, con el fin de supervisar, aconsejar, ayudar y establecer planes, de acuerdo con los procedimientos del Pentágono, para la utilización por estos países de equipos americanos suplementarios. En lo esencial, estos consejeros militares americanos actúan como agentes comerciales sobre el terreno, intentando asegurarse de que el país en cuestión recibe su equipo militar de los Estados Unidos y no de un competidor político o comercial. Estos consejeros comerciales desempeñan a veces un papel más directo».

Estos consejeros establecen sobre el terreno lazos amistosos con oficiales que en su día serán encargados de las compras en el extranjero o que quizá deberán ser miembros de una junta militar que se apodere del poder civil. Los mejores elementos son invitados a efectuar una estancia en los Estados Unidos para seguir unos cursos o un entrenamiento, para apreciar por sí mismos la potencia de la máquina de guerra americana y las ventajas del «american way of life». La ayuda militar no puede ser puramente técnica o material, sino que va siempre acompañada de un cierto adiestramiento, ya que, según las palabras de Robert McNamara cuando dirigía el Pentágono, «proporciona armas, un entrenamiento y el apoyo necesario a unos cinco millones de hombres en los ejércitos aliados, o simplemente amigos, que nos ayudan a mantener nuestras posiciones contra la agresión en todas sus formas». Si bien el imperio reserva para él sólo el poder de decidir dónde y cuándo utilizar eventualmente sus más temibles armas, considera que no puede prescindir del concurso de tropas aliadas, casi dos veces más numerosas que las suyas, repartidas a través del mundo entero. A ellas incumbe dominar el territorio donde el Imperio logra sus materias primas o invierte sus capitales que deben ser protegidos militarmente. Ellas están en los puestos avanzados de la resistencia al comunismo. Su eficacia militar no podría compararse a la de las dos superpotencias, pero constituyen un engranaje indispensable en un dispositivo más amplio cuyo cuadro de mandos está en el Pentágono. Destinadas a desempeñar un papel menor en un eventual conflicto internacional, son, en cambio, las principales guardianas del orden en el interior de las fronteras nacionales, aunque sea en detrimento de la democracia a la que los Estados Unidos pretenden defender contra el comunismo.

Pero su papel al servicio del imperio es también un papel económico. Henry Kiss, jefe del Departamento de

Venta de Armas del Pentágono, declaraba, en 1966, ante la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes: «Nuestras ventas de armas son débiles en relación a nuestro presupuesto anual de Defensa, del que representan menos del cuatro por ciento. Sin embargo, los ingresos procedentes de la venta de armamentos representan aproximadamente la mitad, en términos de balanza de pagos, del coste del despliegue de nuestras fuerzas en el mundo. La aptitud de este país para seguir una estrategia dinámica está fuertemente influenciada por el precio de esta estrategia en salida de divisas. Así, las ventas de armamento al extranjero son de gran interés para el país, puesto que facilitan arreglos para nuestra seguridad en el mundo». La Comisión de Asuntos Exteriores del Senado ha criticado, en 1966, la concepción consistente en «tomar el dinero de la sangre en países más pobres» por afán de equilibrar la balanza de pagos americana.

Las ventas de armas a países subdesarrollados son generalmente pagadas a crédito. Se juzgan tan importantes para la política general de los Estados Unidos que el presupuesto del Pentágono comprende créditos, establecidos sobre los fondos públicos, para alentar estas ventas de armas fabricadas por empresas privadas. Además, el Pentágono ofrece a los adquirentes facilidades de pago y la garantía del gobierno de los Estados Unidos, que eventualmente supliría a un comprador incapaz de saldar su deuda con la empresa privada. Así es como ciertos países considerados como no solventes por organismos comerciales o por el Banco Export-Import pueden comprar armamentos americanos. El Pentágono dispone, a este efecto, para 1967, de un fondo de garantía de 300.000.000 de dólares. Dado que la ley obliga a «cubrir de este modo la cuarta parte de las ventas a crédito, puede vender 1.200.000.000 de dólares en armas a clientes insolventes. El Banco Export-Import ni siquiera interviene en estas operaciones: cierra los ojos, lo que no suele ser su costumbre en contratos más normales, y firma prácticamente un cheque en blanco al Pentágono.

Una vez más, la fuerza del imperio está formada por la debilidad de los demás países. Algunos gobiernos, que juzgan demasiado alto el interés del 3 por ciento pedido por el Banco Export-Import para la financiación de actividades económicas productivas, aceptan pagar, a través del mismo canal financiero, una cuota del 5,5 por ciento para la compra de armas americanas. Se trata, naturalmente, de países ya sometidos a una fuerte deuda exterior.

En enero de 1967, la comisión senatorial de Asuntos Exteriores publicó un informe reprochando al gobierno americano el que alentara la venta de armas a pesar de las intenciones públicamente hechas públicas por la Casa Blanca de frenar la carrera de armamentos en ciertos lugares del mundo, especialmente en América Latina y en el Oriente Medio. Según este informe, las ventas de armas fueron, en 1966, siete veces superiores a la media de los años 1952-1961. Un organismo especial, el Internacional Logistic Negotiations Bureau, fue creado en 1961 para estimular estas ventas. El primer director de este Bureau —añade el informe—, Henry Kiss, fue recompensado, por su eficacia, por un nombramiento al grado de asistente del secre-

tario adjunto de la Defensa en 1964. Entre 1962 y 1966 —sigue diciendo el informe— el Pentágono obtuvo del extranjero encargos de armamentos por valor de 11.000.000 de dólares. Una cifra del mismo orden es citada por Robert McNamara que, el 16 de septiembre de 1965, estimaba en 9.000.000.000 de dólares las ventas de armas en un período más corto que se extendía de junio de 1961 a agosto de 1965.

Es cierto, como declara Henry Kiss, que estas ventas limitan el desequilibrio de la balanza de pagos americana. Pero al mismo tiempo aprietan el control que los Estados Unidos ejercen sobre los países cogidos en las redes del imperio. «El principal objetivo de nuestra ayuda militar —escribe el senador Eugene McCarthy— parece ser ahora multiplicar los Estados-clientes, erigir bastiones político-militares y preservar o modificar el equilibrio de poder en ciertas regiones». Se trata, en efecto, de un objetivo político, esencial para el desarrollo del imperio. Los Estados-clientes ven cómo se añade a los lazos económicos que les unen estrechamente con un país gran importador de materias primas compradas a bajo precio y gran exportador de capitales, tanto más rentables cuanto que los salarios son más bajos y los impuestos menos elevados, los vínculos de que les rodea el imperio militar: instalación de bases, envío de «consejeros» militares, venta de armamentos que acrecientan la deuda exterior.

Una ingeniería popular puede acreditar la opinión según la cual esta política sería obra de «hacedores de guerra» apoyados por los «mercaderes de cañones» y por los «halcones» del Pentágono. El problema es, en realidad, más complejo. Se han desarrollado relaciones estrechas, funcionales, entre la gran industria, los jefes militares y el personal político. Llegados a este estado, bastará un ejemplo ilustrativo. El 9 de agosto de 1967, por 48 votos contra 40, el Senado de los Estados Unidos rechazó una enmienda del senador demócrata Allen Ellender, que habría tenido por efecto prohibir al Banco Export-Import conceder créditos para la venta de armamentos a los países pobres. Este voto permite, pues, la continuación de una política onerosa para los países subdesarrollados, pero provechosa, económica y políticamente, para los Estados Unidos en busca de Estados-clientes. La enmienda fue, naturalmente, enérgicamente combatida por el gobierno. El voto, ganado por una mayoría de sólo ocho votos, sobre un total de noventa votantes, es ilustración de una de las tragedias de la democracia americana: el lobby de los «mercaderes de cañones» obtuvo el apoyo de los votos que necesitaba, y ningún lobby enemigo estaba allí para llevar a cinco senadores a cambiar de campo, cinco senadores que hubieran bastado para poner fin a una práctica tan discutible...

Un senador demócrata, Daniel Brewster, aprovechó la ocasión para criticar la política del gobierno. Recordó, por ejemplo, que los Estados Unidos habían armado a Israel lo mismo que a ciertos países árabes, y habría podido citar otros casos, como el de la India y el Pakistán. Afirmó que un enorme porcentaje —el 36 por ciento— de los empréstitos del Banco Export-Import se dedicaba a la compra de armamentos americanos. Finalmente, el

senador Brewster declaró: «Es muy de lamentar que el Banco Export-Import, que fue fundado con excelentes objetivos, haya sufrido una pérdida de prestigio y de reputación a raíz de su participación en sospechosos tráficos de armas. Catorce países en vías de desarrollo recibieron en 1967 préstamos secretos y no identificados por valor de 591.000.000 de dólares. Lo más sorprendente es que el propio director del Banco Export-Import no conoce el destino de esos fondos. Si no queremos que un país tras otro caiga en manos de los comunistas hay que dar pan y no balas a América Latina».

Si bien cuarenta senadores han denunciado con su voto unas ventas que juzgan escandalosas, su protesta ha sido vana en un país que, en virtud de su propio poderío, está condenado a acrecentar sin cesar su potencial económico-militar y su influencia política sobre países amigos, aliados o neutros. Dado este impulso, extrae su principal fuerza de la misión de campeón de la resistencia al comunismo. Los discursos oficiales, la prensa, el radio, la televisión le recuerdan cada día que está investido de una función sagrada. En semejante clima, los representantes elegidos por la opinión pública van a veces más lejos que el propio gobierno, ya que el sistema posee, evidentemente, su propia dinámica interna. Lo mismo que John Foster Dulles quería establecer relaciones diplomáticas con Pekín y debió renunciar a ello porque semejante gesto se consideraba como un suicidio político, las complejas interacciones de la propaganda y de la opinión pública arrastran, a veces, a la mecánica gubernamental y su dispositivo militar más lejos de lo que algunos querrían. Mientras Robert McNamara, secretario de Defensa, proclamaba de nuevo en 1967 su profundo escepticismo sobre la eficacia militar de los bombardeos del Vietnam del Norte, la subcomisión senatorial sobre el estado de preparación de la Defensa Nacional pedía, por el contrario, que se intensificasen. Los miembros de la subcomisión eran lanzados a esta vía por las declaraciones de ciertos jefes militares, por el lobby de los armamentos, pero también por una opinión pública que no entiende que todo el peso del imperio militar no se ponga en la balanza para «cerrar el paso al comunismo en Asia». Es más fácil crear un dispositivo que controlarlo.

Así fueron ahogadas las voces que de vez en cuando intentaban hacer oír un lenguaje razonable. El senador Brewster pedía que se diese a América Latina pan y no balas. El ejemplo de este continente permite mostrar cómo funciona el aparato militar del imperio en una región dada.

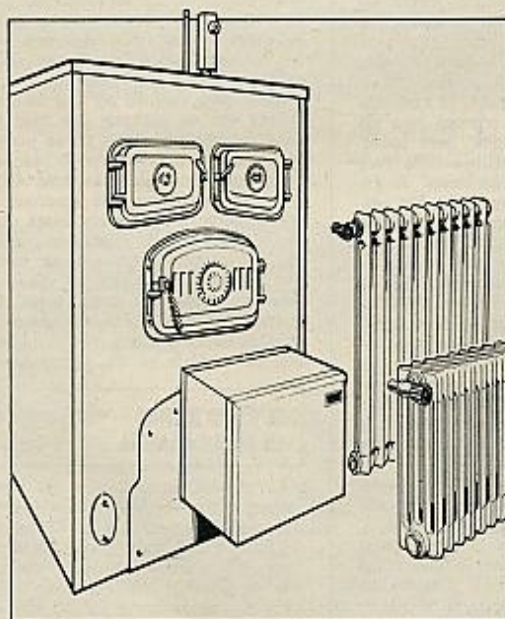
EL BRAZO MILITAR EN AMÉRICA LATINA

En el mes de diciembre de 1967, setenta y dos «boinas verdes» fueron lanzados en paracaídas en la jungla de Panamá. Su papel era el de organizar las guerrillas a favor de un jefe de gobierno proamericano derrocado por un golpe de Estado militar. Se trataba, en ese caso, de simples manobras de entrenamiento, pero que corresponden bastante fielmente a la misión asignada a las «fuerzas especiales» encargadas de la lucha an-

LOS PISOS "BIEN HECHOS" TIENEN CALEFACCION **ROCA**



**Porque es
el único sistema
perfecto
de calefacción**



Calefacción perfecta es lo contrario de "calefacción a medias". Usted lo sabe y, por eso, exigirá un piso bien hecho: un piso que tenga calefacción **Roca** por radiadores. Y, además, usted sabe...

- que la calefacción **Roca** es de mantenimiento muy económico.
- que por su economía se amortiza la instalación en breve tiempo.
- que puede funcionar con gas ciudad, butano, propano, gas-oil, fuel, petróleo, carbón, leña, etc.
- que, al no tener averías, dura tanto como la propia casa.
- que, intercalando un acumulador, usted obtiene abundante agua caliente para el cuarto de baño y la cocina.
- que da un calor mucho más sano y sin peligro para sus hijos.
- que no desprende tufos, ni humo, ni quema el oxígeno del aire.
- que automáticamente mantiene una temperatura uniforme y regulable a voluntad, habitación por habitación.
- que los radiadores son decorativos. Usted puede elegir entre muchos modelos.

Solicite me remitan información sobre calefacción COMPAÑIA ROCA-RADIADORES - Rambla Lluch, 2 - GAVA (Barcelona)

Nombre Población.....
Calle Provincia.....

El sistema de calefacción más perfecto y económico y el más utilizado en todo el mundo.

El confort avanza con **Roca**

*Sin el imperio militar o económico
la sociedad americana se vería obligada a una revisión desgarradora,
no sólo de sus objetivos sino de sus medios
de subsistencia.*

tiguerrillas en América Latina y en otros lugares. La única diferencia es que, en cinco años, nueve gobiernos civiles regulares elegidos en América Latina han sido derrocados por golpes de Estado militares y que los «boinas verdes» no han intervenido para restablecer la legalidad constitucional. Las maniobras de Panamá son una ficción: las «fuerzas especiales» no están encargadas de defender la democracia, sino de luchar contra el comunismo.

La estrategia militar del Imperio respecto de América Latina se ha modificado en el transcurso de los años sesenta. En 1959, un secretario adjunto de la Defensa declaraba ante una comisión del Congreso que la más seria amenaza en esta región estaba constituida por «la acción de los submarinos (soviéticos) en el mar Caribe y a lo largo de las costas de América Latina». Efectivamente, informaciones no siempre fantasiosas a propósito de misteriosos submarinos que navegaban frente a las costas del Río de la Plata o en el mar de las Antillas circulaban de cuando en cuando. El contraespionaje y la Armada de los Estados Unidos habían mantenido durante la segunda guerra mundial una lucha encarnizada contra los submarinos alemanes en esta zona. Los submarinos soviéticos cogían ahora el relevo y convenía también vigilar las «flotillas de pesca» soviética en la orilla occidental del Atlántico. La gran preocupación de entonces era proteger al continente contra un ataque del exterior. Pero en Cuba ha triunfado una revolución sin que un solo submarino soviético haya aparecido a los «barbudos» de Fidel Castro, sin que una sola pistola soviética o checa haya llegado a los maquis de Sierra Maestra. Desde entonces, bajo la presidencia de John F. Kennedy, la estrategia americana se transformó para proteger el continente no de una agresión exterior, sino de la subversión interior, o, más exactamente, contra un único tipo de subversión interna: la que podría hacer balancearse a un país hacia el campo contrario. Cualquier otro tipo de subversión, al servicio de las fuerzas conservadoras, es prudentemente tolerado. Robert McNamara ilustra esta nueva orientación al declarar ante el Congreso, en 1967: «El primer objetivo en América Latina es ayudar, donde quiera que sea necesario, la continuación del desarrollo de fuerzas militares y paramilitares indígenas capaces de garantizar, en colaboración con la Policía y las demás fuerzas de seguridad, la necesaria seguridad interior».

La influencia de esas «fuerzas militares y paramilitares» y el papel político que desempeñan en la mayor parte de los países de América son conocidos. Pero el esencial es, para Washington, hacer fracasar la subversión, antes que luchar eficazmente contra las causas profundas de ella, en especial contra la explotación por el extranjero de los recursos naturales de América Latina. Además de la tradicional defensa del canal de Panamá, el dispositivo militar del Imperio ha levantado tres medios de intervención:

— Una escuela militar americana, instalada en la zona del canal de Panamá, produce anualmente 14.000 militares latinoamericanos diplomados.

— La 8.ª «fuerza especial», que comprende 800 «boinas verdes», está

estacionada en Fort Gulick, sobre la orilla atlántica de la zona del canal, y dispuesta a intervenir en todo momento en cualquier punto del Continente.

— Finalmente, el programa de asistencia militar mantiene cuarenta y tres misiones en diecisiete países latinoamericanos.

Los dos primeros puntos de este programa violan el tratado de 1903 con Panamá, y que establece que las tropas sólo podrán estacionarse en la zona para garantizar la defensa del canal y no para intervenir en otros países.

Los 800 «boinas verdes» pertenecen a la «Special Action Force for Latin America», que dispone de diecisiete «equipos de entrenamiento móviles» destinados a ser rápidamente transportados a cualquier país latinoamericano a petición de su gobierno. Estos equipos son concebidos para apoyar a los «consejeros militares» estacionados en diecisiete países. Desde su instalación en la zona del canal, en 1962, han intervenido en todos los países a excepción de Cuba, Haití y Méjico. Especializados en la lucha contra los movimientos insurreccionales, pueden llevar a cabo estancias de duración muy variable en los paí-

ses latinoamericanos. Uno de estos equipos, formado por diecisiete hombres, garantizó en Bolivia la formación de «rangers», que acabaron por cercar al maquis de Ernesto «Che» Guevara y mataron a éste. El comandante de la 8.ª «fuerza especial» había ido personalmente a Bolivia para supervisar una operación a la que Washington, lógicamente, concedía gran importancia. Llegado el 14 de abril de 1967, el equipo inició al segundo batallón de «rangers» bolivianos en los problemas de logística e información, así como en la utilización del material de comunicaciones, que desempeñó un papel capital en el logro de su empresa. Poco después, otro equipo de doce hombres fue enviado a Honduras, donde se había señalado la aparición de guerrillas. Otros equipos estaban presentes, en la misma época, en Colombia, en Argentina, en Guatemala, en Chile, en Perú, en Panamá y en Uruguay.

Cerca de la base de las «fuerzas especiales» en Fort Gulick se encuentra la «U.S. School of the America», fundada en 1955 en un antiguo hospital de la segunda guerra mundial, cuenta con doscientos quince instructores militares americanos que dependen del «U.S. Southern Command».

**A finales de 1970, U.S.A. tendrá en servicio
700 cohetes Minuteman de 14.000 kilómetros de alcance, con
una carga de diez megatonnes. Su flota de bombarderos
estratégicos comprende cerca de setecientos, capaces de llevar
una carga de veintitantos megatonnes.**



Desde su fundación la escuela ha dado diplomas a 21.294 oficiales latinoamericanos. La duración de los cursillos varía de dos a cuarenta semanas. Naturalmente, todas las clases se dan en español. Entre los ex alumnos de la escuela figuran los ministros de Defensa de Colombia y Bolivia, sin contar a numerosos oficiales de alto rango. La escuela constituye un eficaz medio de anudar relaciones personales muy estrechas entre oficiales americanos y oficiales latinoamericanos que, con frecuencia, disfrutan después de sus cursillos de ascensos más rápidos en su propio ejército y que un día llegarán a puestos de mando elevados, quizá incluso a funciones ministeriales.

Este esfuerzo es completado por la acción de las cuarenta y tres misiones militares americanas establecidas en diecisiete países latinoamericanos. Estas misiones, que cuentan con un total de 800 hombres, pueden variar de cinco oficiales en Panamá a ciento tres en Brasil. El esfuerzo financiero que representan está concentrado al 80 por ciento en seis países: Argentina, Brasil, Chile, Venezuela, Perú y Colombia.

En 1957, el Congreso, juzgando este programa de asistencia militar demasiado importante, redujo su presupuesto de 85 a 75.000.000 de dólares. Pero la actividad de los «boinas verdes», de la «U.S. School of America» y de las misiones militares fue, sin embargo, mantenida aproximadamente al mismo nivel. El programa comprende, naturalmente, la provisión de cierto equipo, como los tres helicópteros enviados en 1967 a la misión de treinta y un hombres encargada de «aconsejar» al ejército que persigue a los guerrilleros de Guatemala.

Los oficiales latinoamericanos diplomados por la «U.S. School of America» han podido experimentar durante los cursillos con el material de fabricación americana, cuyas calidades técnicas, por otra parte, se ocupan de alrear las misiones militares instaladas en los diferentes países. Las misiones militares asisten a las maniobras de entrenamiento del ejército nacional, al que pueden «aconsejar» en la utilización de este material. Algunos oficiales políticamente elegidos son luego invitados a pasar algún tiempo en Estados Unidos, donde visitan el Pentágono, las principales instalaciones militares, las fábricas de armamentos, etcétera... Cuando a estos jefes militares les llega el momento de utilizar las fuerzas a su disposición para derrocar a un gobierno elegido, saben que pueden contar con la confianza e incluso con la amistad de oficiales de los Estados Unidos, dispuestos a garantizar que el nuevo régimen no tendrá ninguna debilidad frente al «comunismo». El Departamento de Estado puede así permitirse el lujo de dudar unos días, o incluso de inspirar un gesto de reprobarción simbólica. Unas semanas más tarde todo vuelve al orden, a un orden de un Imperio que sabe que su supervivencia depende de la eficacia de su dispositivo militar. ■ C. J.

© Ediciones Gressot.—Agencia L. Forestier y TRUNFO, para España.

EN EL PROXIMO NUMERO:

**EL IMPERIO
CULTURAL**